



FINAL

FANTASY VII

LA HISTORIA

Aday Sepúlveda Henríquez

© 1997, 2019 SQUARE ENIX CO., LTD. All Rights Reserved.

CHARACTER DESIGN: TETSUYA NOMURA

LOGO ILLUSTRATION:© 1997 YOSHITAKA AMANO

PRÓLOGO: Midgar

El frío húmedo de las nubes recorría hasta la última de sus plumas. Sus alas, perfectamente extendidas, se deslizaban con sutileza por la corriente de aire, manteniéndola en lo alto. Desde esa posición la vista era hermosa, aunque también desoladora. Un vasto desierto yermo yacía debajo, quedando ya tan solo el recuerdo de la vida que una vez albergó. La corriente volvió a transportarla hacia las profundidades del manto blanco que cubría el cielo, pero al volver a salir de él, atisbó los primeros retazos de la nueva vida que en aquel lugar se había abierto paso. Una mucho más fría y gris, donde las grandes estructuras metálicas se entremezclaban con las nubes y batallaban por el mismo espacio.

Cuando abandonó la bruma, sus ojos presenciaron aquel ser colosal: Midgar, inerte y viviente al mismo tiempo. La urbe se extendía hasta más allá de lo que su visión alcanzaba. Imponentes rascacielos se erigían a lo largo y ancho de la ciudad, rodeados por una red de carreteras y vías de tren como si de su propio sistema circulatorio se tratase. Las inmensas grúas y andamios se integraban como un elemento arquitectónico más de una metrópoli que crecía sin control. A medida que se introducía en ella, el aire fresco y puro del exterior iba disipándose, y en su lugar, un humo denso y oscuro invadía sus vías respiratorias.

Al descender, vislumbró el movimiento desenfrenado que había en la ciudad. Los coches recorrían las autopistas, los trenes se deslizaban por sus raíles, y los habitantes se desplazaban frenéticos en todas las direcciones a través de sus laberínticas calles. Los obreros poblaban cada esquina haciendo uso de complejas maquinarias y brazos robóticos que nutrían sin descanso el monstruo industrial que habitaba ese lugar. La polución había teñido las paredes de los edificios de un color cenizo, dando al ambiente un carácter oscuro y deprimente, a pesar de la intensidad con la que la luz diurna iluminaba

la escena. Los niños corrían y montaban en bicicleta sorteando zonas en construcción y enormes cantidades de basura apelotonadas en cada rincón, donde los perros callejeros rebuscaban algo con lo que alimentarse. Los parques a los que acudían los críos a jugar estaban rodeados por ínfimas zonas donde se acumulaba hierba seca y flores muertas, una tierra en la que ese tipo de vida ya no tenía derecho a existir. Antes de que el ocaso diese paso a la oscuridad, los focos y farolas de la ciudad despertaron de su letargo.

Mientras sobrevolaba la zona, pudo ver reflejado en los ojos de los ciudadanos aquel fulgurante color verde azulado. Un descomunal reactor lanzaba hacia el cielo un inmenso haz de luz que lo teñía por completo, y de cuya corriente se desprendían infinidad de pequeñas partículas del mismo color, que recorrían la totalidad del ambiente bailoteaban con vida propia. Fue entonces cuando centró su mirada en una inquietante chica que se encontraba arrodillada en uno de los incontables callejones de la ciudad.

Llevaba un vestido largo rosa palo abotonado por el centro, una chaqueta corta y abierta de cuero rojo, y unas botas bajas de color marrón oscuro. Tenía pulseras en ambas manos, y en su cuello un colgante de cuerda fina con un broche metálico con forma de flor. Una parte de su larga melena castaña le caía a cada lado por encima de los hombros, mientras que la otra formaba una larga trenza sujeta con un lazo grande en su parte superior, y uno más pequeño en el extremo inferior, ambos a juego con el vestido. En su brazo derecho portaba una cestita de mimbre repleta de flores amarillas, blancas y rojas. Permanecía con los ojos cerrados mientras las pequeñas partículas de energía brotaban de una grieta en la tubería que tenía enfrente, desangrándose lentamente.

En el momento en que la joven abrió los ojos, su vivo color verde agua le iluminó el rostro como si fueran dos grandes faros. Era una mirada penetrante, pero al mismo tiempo denotaba melancolía y tristeza. Un ruido cercano hizo a la chica levantarse apresuradamente y estremecerse por unos segundos, huyendo en ese instante del lugar. Al abandonar el callejón, las vías principales

estaban repletas de personas, tantas que en un despiste chocó con una de ellas, provocando que cayeran al suelo algunas de las flores que llevaba en la cesta. Apurada, se agachó para recogerlas una a una, hasta que en el momento de intentar coger la última, un peatón pasó por encima pisándola y dejando la flor amarilla totalmente aplastada y marchita. La chica la recogió del suelo y la sujetó con ambas manos, mirándola fijamente y posteriormente protegiéndola contra su pecho. Tras llenar sus pulmones de aire, alzó la vista al cielo en un intento por evadirse del bullicio que la rodeaba, y observó cómo un águila se elevaba alejándose velozmente de las calles.

Cuando el ave ganó suficiente altura, fue capaz de observar en su totalidad la inmensa estructura circular que albergaba en su interior a la urbe, repartida en ocho enormes sectores delimitados por altos muros unidos entre ellos por gigantescos reactores, todos conectados por conductos que se dirigían hacia el centro. Allí se encontraba un edificio tan alto que casi tocaba las estrellas y que canalizaba en su interior toda la energía producida, proveyendo electricidad a los sectores. A lo lejos observó uno de los numerosos trenes que recorrían la ciudad a toda velocidad. Un misterioso extraño iba encima de él, agachado para no perder el equilibrio y sujeto a una de las barras metálicas para evitar salir despedido.

Poco después el tren activó el sistema de frenado y la velocidad cayó en picado, generando chispas anaranjadas en los raíles por el roce producido. Cuando se detuvo en la estación, dos guardias de seguridad se acercaron para hacer las comprobaciones pertinentes. Vestían uniforme de color negro, protecciones metálicas en rodillas, brazos y hombros, y un casco equipado con gafas de visión térmica. Además, portaban un fusil de asalto y una porra atada en la pierna derecha. En las hombreras podía leerse el logotipo color rojo sobre fondo negro de la compañía eléctrica Shinra, que controlaba la explotación energética del planeta y a grandes rasgos gobernaba todo Midgar.

En el momento en el que los guardias se separaron, uno de ellos escuchó un ruido extraño. Cuando se volteó, su compañero había desaparecido de su posición. De inmediato, se dirigió a investigar qué estaba

ocurriendo. A toda prisa, y con el fusil en posición de ataque, se situó entre dos de los vagones. Apuntó en varias direcciones, notando cómo le temblaba el pulso. Sin tiempo para reaccionar, un asaltante apareció por su espalda y lo sujetó por el cuello, mientras que una segunda le propinó una patada en el estómago que lo dejó fuera de combate. Un tercer hombre saltó de lo alto del tren. Los tres individuos se reunieron y corrieron hacia el lugar donde se encontraba el que parecía ser el líder del grupo.

Se trataba de un hombre de piel morena, muy alto y con una musculatura excesivamente desarrollada. Llevaba ropa de asalto con diversas protecciones, un chaleco oscuro y un pantalón militar de tonalidad similar. De su cuello colgaban dos chapas, y unas gafas de sol tapaban sus ojos y parte de la doble cicatriz que tenía próximo al ojo derecho. Sus brazos estaban al descubierto. En el izquierdo tenía un enorme tatuaje con un símbolo negro y llamas rojas, mientras que donde debería estar su antebrazo derecho portaba una inmensa ametralladora sujeta con una correa.

El cabecilla reunió a su banda y les hizo un gesto con la cabeza para que avanzasen. Seguidamente, se giró para mirar al techo del tren, donde aún se encontraba el extraño.

—Baja aquí, mercenario.

El joven saltó desde lo alto del tren realizando una acrobática pirueta y posándose con firmeza en el suelo. Sus rodillas estaban semiflexionadas, su brazo izquierdo, apoyado en el suelo permitiéndole mantener la compostura, y con su brazo derecho, extendido hacia un lado, sujetaba un enorme mandoble metálico. La hoja era rectangular a excepción del extremo, que se estrechaba hasta acabar en una punta afilada. Tenía una longitud y anchura considerable, incluso excesiva para ser blandida con una sola mano. En su aleación de metales podía observarse con claridad el desgaste producido por el uso, así como diferentes ranuras superficiales y dos pequeños orificios circulares próximos a la base y el mango, uno de ellos con una misteriosa esfera verde esmeralda en su interior.

El mercenario poseía una constitución ligera pero atlética. En su pelo dorado abundaban grandes mechones con forma puntiaguda que se dirigían en

casi todas las direcciones. Su tez era lisa y pálida, y sus ojos destacaban especialmente por tener un matiz azul verdoso inusual, que en conjunto le hacían tener una expresión fría y distante. Vestía un pantalón de combate abombado y una camiseta de lana de cuello alto, ambos de color gris muy oscuro. Sus marcados brazos estaban al descubierto, aunque los guantes de piel con toques metálicos le tapaban ambos antebrazos casi hasta los codos. En el hombro izquierdo llevaba una protección de hierro forjado con tres tuercas que sobresalían hacia arriba, y en la zona abdominal disponía de un protector de cuero negro sostenido a su espalda con tirantes.

Cuando se irguió, agitó la espada en diagonal momentos antes de situarla a su espalda, quedando perfectamente acoplada a una especie de tornillo que llevaba en la parte trasera de la armadura. Cuando se dispuso a avanzar, dos nuevos centinelas hicieron acto de presencia, alarmados por la falta de respuesta de sus compañeros.

—¡Alto! —gritó uno de ellos mientras apuntaba su fusil en dirección al mercenario.

—¿Quién anda ahí?! —exclamó su compañero exigiendo respuestas a los intrusos.

El líder del grupo avanzó parsimonioso y despreocupado.

—Te toca —dijo con su expresiva voz ronca.

Sin mediar palabra, el mercenario volvió a blandir su espada, aunque en esta ocasión la sujetó firmemente con ambas manos y adoptó una postura de combate. Los centinelas se plantaron ante él apuntando sus armas de fuego mientras el resto del grupo se escabullía hacia delante.

—¡Te vienes con nosotros! —exigió uno de los centinelas—. ¡No te resistas!

—No lo creo —se limitó a responder.

Antes de que consiguieran reaccionar, el chico se abalanzó sobre ellos y con dos tajos precisos los dejó fuera de combate. Ambos guardias cayeron desplomados al instante sin opción alguna de réplica. Volvió a situar la hoja a su espalda y continuó andando a paso ligero por el andén para reunirse con el resto del comando. Subió unas pequeñas escaleras y llegó a la zona de los

tornos que daban acceso a la siguiente sección del andén. Allí aguardaban dos centinelas más, que ya prevenidos se lanzaron al ataque.

—¡Las manos donde pueda verlas! —reclamaba con fervor uno de los guardias ejerciendo presión sobre el gatillo del arma.

El resto del grupo, que permanecía oculto en los muros laterales, aprovechó la distracción para colarse por los accesos y seguir su avance.

—¡Que te diviertas! —dijo la chica siguiendo la pista a sus tres compañeros.

En el instante en el que el mercenario volvió a empuñar su arma, los centinelas no vacilaron y abrieron fuego. Con un gesto elegante pero firme, el joven colocó la espada verticalmente frente a él, consiguiendo bloquear los impactos de las balas. Cuando los guardias detuvieron el fuego para recargar sus armas, una vorágine se desató sobre ellos en forma de golpes precisos, haciéndoles perder el conocimiento.

Tras la confrontación, prosiguió su camino saltando por encima de las barreras con presteza. El grupo aguardaba su llegada tras haber disfrutado de verlo en acción. Permanecieron escondidos tras una columna, sabiendo que los próximos guardias se abalanzarían directamente sobre el mercenario. La argucia salió como esperaban, así que huyeron a toda velocidad escaleras arriba mientras tres centinelas más se encaraban de nuevo con el joven. Esta vez ni siquiera dijeron nada y le atacaron nada más verlo. El mercenario giró sobre sí mismo hasta en dos ocasiones, esquivando con agilidad los disparos, y a continuación dio un salto por encima de ellos, ganándoles la espalda. Con la posición de ventaja, realizó un leve gesto con su mano, de la cual emergió disparada una pequeña bola de fuego que impactó con fiereza en sus oponentes. Estos cayeron al suelo gritando de dolor mientras se revolvían intentando apagar las llamas de sus carbonizadas armaduras.

—No está mal... —pensó para sí mismo.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, el grupo esperaba frente a una puerta bloqueada que daba acceso a un área restringida. La chica estaba agachada intentando piratear el pequeño panel de control situado en un lateral para ingresar al sistema de apertura.

—Entonces... ¿cuál es el trato con el chico SOLDADO? —intervino mientras manipulaba el panel—. ¿Ahora es uno de los nuestros? Los tiene bien puestos, este tal... ¿cómo era su nombre?

—Cloud. Cloud Strife. Y soy ex-SOLDADO.

CAPÍTULO 1: Ex-SOLDADO

—Es un profesional del combate, no como el resto de nosotros —añadió uno de ellos—. Me alegro de tenerlo.

El tercer miembro del grupo se limitó a dedicarle una sonrisa mientras apuntaba con el pulgar hacia arriba, a lo que Cloud respondió con indiferente frialdad.

—Esto es un trabajo de una sola vez. Cuando termine, habremos terminado.

Automáticamente, la sonrisa desapareció del rostro del chaval, que mostró indudables signos de decepción. Aun así, tanto él como los demás parecían seguir confiando en el antiguo SOLDADO, aunque el dirigente del grupo no lo tenía tan claro. En ese momento se giró y se dirigió hacia Cloud, al que apartó de su camino bruscamente con un codazo. Mientras tanto, el otro chico volvió a insistir en conectar con el mercenario.

—¡Venga! Nadie haría una locura como esta solo por el dinero. Estos creen que no estás con nuestra causa, pero... ¿sabes qué creo yo...?

—No me interesa —replicó Cloud tajante, casi sin dar tiempo a su compañero de terminar la frase.

Un pitido agudo sonó en ese instante. La chica había conseguido acceder al sistema de bloqueo, lo que originó que un sonido metálico inundara la sala mientras las puertas se abrían lateralmente. Dos integrantes de la banda pasaron a través de ellas con ímpetu, mientras que el otro permaneció inmóvil, reflexionando sobre su intercambio de palabras con Cloud. Mientras, el líder avanzó con paso sosegado, hasta que se giró para dirigirse a su compañero rezagado.

—¡Wedge!

Instantáneamente, Wedge reaccionó y emprendió la marcha a toda velocidad. El hombre corpulento se ajustó las gafas de sol y amagó con

continuar hacia delante, pero se frenó en seco y se volvió a voltear para escudriñar directamente a Cloud, que permanecía detrás guardando las distancias.

—Más te vale que merezca la pena lo que cuestas, mercenario —le dijo con evidente recelo—. No eres precisamente barato.

Cloud resopló sutilmente, pero no devolvió respuesta alguna. Ambos continuaron avanzando hacia la siguiente puerta bloqueada, dónde ya aguardaba el resto del equipo. Antes de llegar, el mercenario se plantó y elevó la mirada para observar la inmensa estructura a la que intentaban acceder. Un gigantesco reactor de Shinra ocupaba todo su campo de visión, repleto de luces y con una inmensa columna de humo saliendo de él. Cuando retomó la marcha, el grupo ya se encontraba a cubierto esperando a que los refuerzos se lanzaran contra Cloud. El plan estaba funcionando, y no tenían por qué cambiar de estrategia.

Una partida de guardas entró de nuevo en escena, aunque esta vez acompañados por un perro guardián. El can tenía un pelaje oscuro como el carbón, unas orejas alargadas y puntiagudas hacia arriba, y unos ojos de color amarillo intenso. Pero lo que más destacaba de su anatomía era una enorme cola que empleaba a modo de látigo para enfrentarse a sus enemigos. Tras quitarse de en medio a los guardias, que ya se habían convertido en un mero trámite, Cloud fijó toda su atención en el salvaje animal. El perro se agachó sobre sus patas traseras y echó las orejas hacia atrás, preparándose para lanzarse al ataque. Tras hacerlo, Cloud consiguió esquivarlo con un veloz movimiento, pero antes de poder darse la vuelta, ya tenía la cola enrollada a su brazo izquierdo. Con cierta dificultad, consiguió deshacerse de la atadura, y cuando el sabueso volvió a cargar contra él, un tajo certero en diagonal lo sacó de la pelea. Cuando se miró la superficie posterior del brazo, pudo observar un pequeño rasguño enrojecido. Seguía sin suponer un problema real para sus extraordinarias capacidades, pero en el fondo sabía que la operación estaba empezando a complicarse.

—¡Cloud! ¡El ascensor está por ahí, no tardes! —gritó Wedge desde lo alto de una plataforma.

Cloud entró en el pequeño montacargas y accionó el botón de arranque para reunirse con los demás, que estaban frente a una inmensa verja metálica. La chica se encontraba agachada manipulando una pequeña sierra de mano con la que abrió una abertura por la que pasar. Uno a uno cruzaron por ella con cuidado de no engancharse con los hierros recién cortados. Cuando Cloud se disponía a pasar, una voz le dio el alto.

—No tan rápido. Tenemos compañía.

Cloud miró con resignación cómo un pelotón acompañado de perros se acercaba a toda prisa hacia él. Sin vacilar, se lanzó contra el grupo entero, y blandiendo su espada como si de un tornado se tratase, se deshizo de todos con una violencia considerable. Ahora sí, pasó por el agujero de la verja y volvió a ponerse a la altura del resto del comando. El equipo recorrió grandes pasillos metálicos repletos de contenedores industriales hasta llegar a una estrecha pasarela con el suelo en forma de rejilla y multitud de cableado esparcido por el suelo. Al llegar al final del mismo, una inmensa puerta daba acceso a su objetivo prioritario. En la colosal pared lateral del reactor podía leerse con claridad los números “01”.

Ya dentro, uno de los chicos tecleaba en el panel de control intentando acceder a una nueva puerta bloqueada. Por su parte, el líder seguía lanzando pullas a Cloud.

—Los SOLDADO pueden atacar cuando se les ordena, pero he oído que también hacen bien de perros guardianes —dijo con actitud desafiante—. Apuesto a que ya has visto más de estos reactores, así que cuéntanos. ¿Cómo llegamos al puente sobre los almacenes de mako?

Cloud permanecía dándole la espalda, con rostro serio y en silencio.

—No me estarás ocultando nada, ¿verdad? —insistió el hombre, cada vez más ofuscado—. ¡¿Stamp tiene miedo de morder la mano que le da de comer, o es un pequeño perrito fiel?!

Cloud se esforzaba en contenerse y no caer en las provocaciones, cuando un terrible pinchazo agudo se clavó en su sien. El dolor le hizo soltar un imperceptible quejido y llevarse la mano rápidamente a la cabeza. Mientras

intentaba recuperar la compostura y el aliento, aún podía escuchar los alaridos del hombre que le había contratado para el trabajo.

—¡Como quieras chucho! Podemos hacer esto contigo, o podemos hacerlo sin ti.

Cuando por fin se recuperó, Cloud respondió con serena frialdad sin establecer en ningún momento contacto visual.

—Diferente reactor, diferente diseño. Depende de cuándo se haya construido. Nunca había visto uno como este, pero me las arreglaré.

El silencio se hizo en el grupo mientras uno de ellos aún trabajaba en el panel de control. Cuando Cloud dirigió fugazmente la mirada hacia la chica que aguardaba en un lateral, esta intentó destensar un poco el ambiente.

—No te preocupes. Biggs abrirá la puerta enseguida.

—En tres, dos, uno... ¡Maldición, soy bueno! —exclamó Biggs con entusiasmo mientras las puertas se abrían de par en par.

Cloud fue el primero entrar a la sala, donde cuatro centinelas aguardaban.

—¡La puerta! —exclamó uno de ellos.

Sin tiempo para que entrara el resto del grupo, el mercenario quedó aislado junto al pequeño pelotón. Entrecerró los ojos durante un segundo, concentrándose para pasar con prontitud a la acción.

—¡Se acabó! —gritó uno mientras su fusil de asalto y el de sus compañeros apuntaban directamente a la cabeza del asaltante.

—Esa es mi frase —dijo Cloud, irónico, mientras se aproximaba hacia ellos con paso lento.

En un abrir y cerrar de ojos, portó con ambas manos su espada y la colocó horizontalmente cubriéndose la cara. Los disparos repelidos por la hoja apenas le hacían retroceder. Los oficiales de seguridad se sentían impotentes viendo que no podían infringirle ni un mero rasguño. Cuando las balas cesaron, Cloud corrió hacia ellos con celeridad blandiendo el arma con una sola mano, extendió por completo su brazo hacia un lado, y efectuó dos giros completos sobre sí mismo impactando a los cuatro guardias a la vez, que cayeron fulminados al instante.

Cuando el combate cesó, las puertas volvieron a abrirse y el grupo se juntó.

—¡Estamos de vuelta! —dijo la chica con entusiasmo.

—Entonces movámonos —contestó Cloud, que esperaba paciente a que abrieran el acceso a la siguiente zona.

El joven observaba a la chica trabajando concentrada en el panel de control, aunque eso no le impedía seguir actuando con cierta despreocupación.

—Menos mal que conozco a alguien que nos consigue las contraseñas de seguridad. Lástima que nadie más al mando hable con nosotros, pero... ¿qué le vamos a hacer?

La pantalla se iluminó de verde, lo que indicaba que el paso estaba desbloqueado. La tropa volvió a desenfundar sus armas de fuego, preparándose para lo que estaba por venir.

—Ten cuidado ahí dentro, Jessie —dijo Biggs, dejando paso a su compañera—. Bueno, ¿a qué estás esperando?

Cloud cruzó al otro lado junto a los demás y accionó el botón del ascensor que tenía enfrente. Mientras aguardaban a que llegara, Jessie intervino.

—Así que... conoces a Tifa, ¿verdad? —dijo con una sonrisa en los labios—. No es de mi incumbencia, pero... ¿sois cercanos?

Cloud permaneció sin reacción durante unos instantes. Otra vez aquel pinchazo agudo en su cabeza, solo que esta vez acompañado de imágenes borrosas, como si de un recuerdo lejano se tratara. Avistó sus propias manos abriendo un gran portón de madera, y al entrar por él se encontró en el centro de lo que parecía una barriada. Varias casas y edificios de madera y ladrillo rojo se agrupaban en círculo, dejando una zona abierta en cuyo centro se erguía una plataforma de madera. Encima de ella, un bidón del mismo material, y a su lado, un molino de viento formado por láminas metálicas de color blanco y rojo en los extremos. Avanzó por las calles de suelo arenoso y hierba incipiente, hasta que su mirada se posó en un grupo de niños que se encontraban sentados en el suelo. De entre ellos, una pequeña con melena

larga, lisa y de color negro, que llevaba un sencillo vestido blanco, se levantó para llamar su atención.

—¡Cloud! —gritó mientras empezó a correr hacia él, que hizo caso omiso—. ¡¿Estás ignorándome?!

Cloud volvió a mirarla y pudo observar cómo el rostro de la niña se tornó serio y con un atisbo de preocupación, momentos antes de que la imagen se difuminara y volviera en sí mismo.

—Tifa y yo...

El ruido producido por la llegada del ascensor le interrumpió. Llegando desde atrás, el líder apartó a Cloud con un empujón usando su ametralladora, a lo que este ni siquiera reaccionó más allá de lanzarle una mirada de resignación. Jessie, sin embargo, mostró inquietud por la tensión que se palpaba en el ambiente. Los tres entraron al ascensor y guardaron silencio hasta que comenzó a subir.

Mientras tanto, en algún lugar del edificio Shinra...

El salón era tremendamente amplio, y tanto el suelo como las paredes estaban pintados de un color negro azabache brillante que resaltaba en cada esquina los reflejos de las lámparas que estaban instaladas en las columnas. De entre todos los elementos decorativos, destacaba el logotipo de Shinra pintado en un tono dorado, que resaltaba elegantemente con el color de fondo, así como los inmensos ventanales que ofrecían una vista imponente de Midgar.

Una alargada alfombra de color rojo sangre se dirigía desde la entrada hasta un gran mostrador metálico en forma de medio octógono. Encima de él se encontraban varios monitores, y detrás de ellos una gran silla metálica con la tapicería en el mismo tinte que la alfombra. Sentado en ella y apoyado en uno de los reposabrazos aguardaba un hombre de avanzada edad. Vestía traje azul marino ejecutivo con rayas verticales, chaleco verde oscuro y corbata a juego. Su cabeza estaba cubierta de pelo blanco como la ceniza, y de igual forma lo hacía la parte superior de su labio. Su expresión era dura, y su ceño fruncido resaltaba las arrugas de su frente.

Un hombre alto y robusto, de pelo negro, liso, peinado hacia atrás y barba abundante, caminó por la alfombra hasta situarse justo a su lado. Cruzó sus brazos por detrás de la espalda, y se mantuvo firme y erguido para dirigirse al anciano con voz potente y decidida.

—Parece ser que estas ratas de alcantarilla se hacen llamar a sí mismas AVALANCHA, señor. Estamos investigando si pertenecen al mismo grupo que atentó contra su vida.

Al tiempo que hablaba, los monitores mostraban las imágenes de las cámaras de seguridad del ascensor donde el comando aguardaba llegar a su destino.

—Tenga la seguridad de que no nos tomará mucho más tiempo —prosiguió mientras se inclinaba levemente hacia delante en señal de reverencia.

El anciano se limitó a esbozar una ligera sonrisa de aprobación mientras analizaba hasta el mínimo detalle de los intrusos. Todo estaba saliendo según lo planeado.

CAPÍTULO 2: El reactor mako

—El único propósito de este sitio es drenar el planeta hasta dejarlo seco —reprendió el líder mientras caminaba en círculos dentro del ascensor—. ¡Mientras duermes, mientras comes, mientras cagas... ahí está, absorbiendo mako! ¡Ni descansa, ni le importa! Te das cuenta de lo que es el mako, ¿no?

Sin dejar tiempo a que sus dos compañeros, que se miraban uno al otro con cara de circunstancia, respondieran a la pregunta, el robusto hombre se contestó a sí mismo.

—¡El mako es la sangre vital de nuestro planeta!

Jessie miró con resignación a Cloud mientras se encogía de hombros y dejaba que el jefe siguiera con su discurso.

—¡El planeta sangra verde como tú y yo sangramos rojo! ¡Qué demonios crees que va a pasar cuando la pierda toda, ¿eh?! ¡RESPÓNDEME! ¿Vas a quedarte ahí parado y fingir que no puedes oír al planeta gritando de dolor? —continuó con su mirada clavada en el mercenario—. ¡Sé que puedes oírlo!

—¿Realmente lo escuchas? —replicó al fin Cloud sin descruzar en ningún momento sus brazos.

—¡Por supuesto que sí!

—Ya veo. Pues busca ayuda —dijo Cloud, irónico.

El hombre calló unos segundos hasta que, con gesto amenazante, se dirigió hacia él y se situó a escasos centímetros de su rostro.

—¡REPITE ESO!

El tenso momento se vio interrumpido por el sonido del elevador llegando a su destino. Seguidamente, y sin alterarse lo más mínimo por la situación acontecida, Cloud volvió a intervenir.

—Personalmente me preocuparía menos por el planeta y más por los próximos cinco segundos. Guarda los gritos para más tarde.

La rabia desbordada del líder podía verse en sus ojos a pesar de que sus gafas de sol los cubrían.

Cuando el ascensor abrió sus puertas, los tres ocupantes llegaron a una plataforma de acceso donde pudieron observar varias torretas defensivas ubicadas en lo alto de una pasarela cercana, siguiendo con precisión todos los movimientos del grupo.

—Nuestras vidas están en juego ahora —dijo el jefe, colocándose frente a Cloud y apuntando su brazo-ametralladora directamente a su cara—. ¿Me estás escuchando, mercenario? Un movimiento en falso y...

Un ruido ensordecedor surgió al instante mientras una ráfaga de balas pasó rozando el rostro de Cloud. Seguidamente, una de las torretas cayó a sus pies, destruida.

—¡Eso es lo que te sucederá! —continuó el hombre, con actitud amenazante.

Jessie, que observaba apoyada en la barandilla de la pasarela metálica, intentó calmar los ánimos.

—Bueno, se acabó dejar que Cloud se encargue de todo. Hay algunos lugares que una espada no puede alcanzar —dijo mientras se situaba cerca del chico—. Tan solo... ten paciencia con Barret por mí... por favor.

—Debería haber pedido más dinero —masculló Cloud, resignado mientras veía a Barret alzar su ametralladora y soltar una sonora carcajada.

Cuando retomó el paso, un pequeño sonido electrónico lo puso en alerta. Una de las torretas láser parecía haberle fijado en su punto de mira. Sin previo aviso, disparó un rayo de energía azul cian intenso contra Cloud, que en un alarde de reflejos esgrimió su espada y se la plantó delante a modo de escudo.

—¿Qué ocurre, mercenario? ¿Vas a lanzarles tu espada? —dijo Barret, regocijándose con la situación—. ¡Deja que el hombre con la ametralladora haga el trabajo!

Utilizando su brazo izquierdo para sostener el derecho y no perder equilibrio con el retroceso del arma, Barret disparó un aluvión de balas hacia dos torretas situadas en lo alto de la pasarela. El metal de su ametralladora se tornó rojo incandescente, y se hizo visible una intensa llamarada mientras la munición hacía trizas las defensas del lugar.

—¡Estas latas de hojalata no tienen nada que hacer contra mí! —gritó durante el frenesí de la contienda.

Cloud y Jessie se limitaron a mantenerse a cubierto esperando a que Barret terminara de divertirse. Cuando lo hizo, la zona quedó despejada y el comando pudo continuar su camino. Para cuando Cloud y Barret terminaron de bajar la escalera, Jessie ya se encontraba situada frente a un monitor.

—Mirad lo que tenemos aquí.

—Un sistema de seguridad láser... Genial —dijo Cloud con desidia.

—Esas cosas pueden herirte algo más que tu orgullo si no tienes cuidado. Si tocas uno, acabarás hecho cenizas —advirtió Jessie—. Pero supongo que has hecho este tipo de cosas antes.

—Exacto. Solo hay que fijarse en la frecuencia de activación de los rayos.

Había un total de tres zonas de seguridad. Pequeños dispositivos integrados en el pavimento conectaban con sus respectivas parejas en el techo, creando rayos de color rojo escarlata que bloqueaban el paso. Sin embargo, no se mantenían fijos, ya que aparecían y desaparecían en función de diferentes intervalos de tiempo. El grupo los estudió con calma, memorizando las frecuencias, y sin mayor dificultad atravesó las barreras cuando los rayos se desvanecieron.

—¡Lo estás haciendo bien, SOLDADO! —gritó Jessie.

Bajando un par de escaleras más, llegaron a una amplia superficie atestada de materiales de construcción, componentes electrónicos y grandes autómatas situados a ambos lados. Descansaban sobre una especie de tarima, y a pesar de su aspecto amenazador, no había atisbo alguno de que estuvieran en funcionamiento. Cuando se situaron en el centro de la sala y miraron hacia el frente, pudieron ver a uno de ellos fuera de su respectiva plataforma, aunque también permanecía totalmente impassible. Su aspecto se asemejaba al de un coche clásico, con una rejilla metálica en su parte frontal y pintado de color rojo, salvo su cuerpo, que descansaba sobre grandes extremidades de acero que parecían enormes patas. A ambos lados, poseía imponentes armas en forma de cañón que intimidaban meramente con su apariencia.

—Mira —advirtió Jessie—. No utilizan estos trastos a la ligera. Pueden acabar con un escuadrón entero en segundos.

—No si acabamos con ellos primero —replicó Cloud, confiado.

Desde la distancia, los tres pudieron ver cómo el aparato comenzó a vibrar momentos antes de colocarse en posición de ataque y arremeter contra ellos, que ya estaban preparados y en guardia.

—¡VAMOS! ¡Podemos con este pedazo de chatarra! —dijo Barret, arengando a sus compañeros de armas.

—Este “pedazo de chatarra” es una plataforma de armas pesadas. Si nos precipitamos, moriremos —avisó Cloud, esta vez algo inquieto—. Necesitamos buscar su punto débil y atacarlo con magia. Eso debería bastarnos.

Jessie y Barret se mantuvieron a una distancia prudente desplegando su munición sobre el aparato, cuya enorme coraza repelía cualquier daño posible. Por su parte, Cloud portó su espada y se colocó a escasos centímetros del robot, desviando la atención sobre sí mismo, y aprovechando los pequeños instantes en los que la máquina suspendía sus terribles ataques para enfriar sus armas. Fue entonces cuando el mercenario dirigió sus sablazos contra las patas metálicas para que el Aniquilador, como se le conocía, cayera desestabilizado.

Tras un esfuerzo considerable, una de las extremidades acabó fracturada, lo que lo hizo caer sobre su costado dejando el cableado inferior a la vista. Barret entró en acción y finiquitó la pelea aprovechando el punto vulnerable. Con un leve gesto de su mano izquierda, una poderosa descarga eléctrica viajó hacia los circuitos principales de la máquina, que quedaron inutilizados al momento. El sistema se sobrecalentó provocando un fallo crítico en el sistema de refrigeración. Cuando el Aniquilador intentó volver a atacar, sus armas colapsaron y el mecanismo entero explotó en mil pedazos. Barret y Jessie se encontraban a una distancia segura, pero Cloud tuvo que resguardarse detrás de su hoja para evitar ser alcanzado por la deflagración.

—¿Qué edad tienes, veintitantos? —preguntó Barret a Cloud sin venir a cuento.

—Primera.

—¿Qué? —inquirió Barret, confuso.

—SOLDADO, Primera Clase. Los rangos no llegan a la veintena.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡Me refería a tu edad, no a tu maldito rango!

—Yo no... —se limitó a balbucear Cloud.

—Por lo que tengo entendido, el rango de un SOLDADO podría ser el mismo que su edad, lo que te convertiría en un crío de un año, ¿eh? —dijo Barret con recochineo—. ¡Vive y aprende!

En el extremo de la sala, Jessie aguardaba pacientemente. Tras recorrer algunas pasarelas más, llegaron a una zona abierta desde la cual podía observarse por fin la cámara principal del reactor.

—Ese es nuestro objetivo, el núcleo del reactor —apuntó Jessie—. Tenemos que colocar la bomba ahí abajo.

Una vasta estructura compuesta por multitud de plataformas metálicas en forma de rectángulo rodeaba toda la zona. Se encontraban sujetas con abundantes cables metálicos fijados al techo. Las paredes del lugar estaban plagadas de gigantescas tomas de ventilación y extracción, así como enormes tuberías, y abajo del todo había una gran superficie abierta protegida con barandillas. Al fondo de ella se encontraba el panel del núcleo, conectado a toda la maquinaria del reactor por gruesos conductos, y cuyo centro contenía una válvula de cierre y apertura. Justo encima, una gran cápsula brillaba intensamente con el característico color azul verdoso del mako.

El trío comenzó el descenso final haciendo uso de las escaleras de mano que conectaban las plataformas entre sí.

—¡Mierda! Prácticamente puedo saborear el mako desde aquí —dijo Barret, cada vez más desesperado—. Mi corazón late como un martillo neumático.

—Asustado, ¿eh? —replicó Cloud.

—¡JA! ¡Más bien emocionado! Llevo años soñando con este momento.

—Atentos, chicos —intervino Jessie—. Nos acercamos al final. A partir de ahora, dejo el resto del trabajo en vuestras capaces manos. Yo me quedaré aquí y aseguraré esta posición. ¡Buena suerte!

Cloud y Barret continuaron el descenso deslizándose a toda velocidad por las interminables escalerillas. Cuanto más bajaban, mejor veían el líquido que rodeaba a toda la plataforma final como si de una descomunal piscina se tratase. Su color se asemejaba al del mako, aunque el tono metálico de las paredes y del fondo le daba un aspecto particularmente grisáceo.

—¿Crees que, si nos caemos desde aquí, nos hundiríamos hasta el fondo... hasta el núcleo del planeta? —preguntó Barret, intentando controlar la tensión.

—No. El reactor nos absorbería de inmediato —sentenció Cloud.

—Qué reconfortante.

Tras bajar por la última escalerilla y avanzar sin titubeo, el ahora dúo se encontraba ya frente al objetivo prioritario de toda la operación: el núcleo del reactor mako número uno. Barret se adelantó para situarse casi pegado al panel, y desde ahí se dio media vuelta para dirigirse a Cloud.

—¡Muy bien! ¡Ahora veamos si el pequeño Stamp realmente es capaz de morder la mano que le da de comer!

Barret extendió su brazo izquierdo mostrando a Cloud el paquete con la carga explosiva.

—Vamos. Haz los honores. Demuéstrame que eres el hombre que Tifa dice que eres. Que eres uno de los nuestros.

—Nunca dije que lo fuera. Solo estoy aquí por el dinero.

La expresión de Barret se convirtió en un volcán de furia. Apretó los dientes y frunció el ceño, sujetando la bomba con fuerza entre sus gruesos dedos.

—¡Entonces haz el maldito trabajo!

Cloud tomó aire, cerró los ojos un momento, y se dirigió hacia Barret. Cuando pasó a su lado, tomó el explosivo sin desviar su mirada del panel del reactor. Ya frente a él, comenzó a instalar el dispositivo, cuando nuevamente, un pinchazo aún más violento que el de la última vez invadió su mente. Se llevó

las manos a la sien, apretó la mandíbula y cerró los ojos mientras intentaba resistir el dolor. Cuando consiguió entreabrirlos de nuevo, pudo observar una pequeña pluma de ave de color negro azabache cayendo frente a él, casi como si estuviera danzando delicadamente en el aire. Cloud abrió los ojos por completo dejando ver sus pupilas totalmente dilatadas. Cuando la pluma tocó el suelo, se evaporó al instante como si fuese ceniza llevada por el viento.

—¿Qué ocurre? —intervino Barret, extrañado con el comportamiento de su compañero.

—Estoy bien —respondió tras un silencio más largo de lo normal—. ¿Qué hay del temporizador?

—Tú decides, mercenario.

Cloud ajustó el tiempo para que el explosivo detonara una vez pasados veinte minutos. Ese era el tiempo máximo que tenían para huir del lugar. Cuando se dispuso a apretar el botón de la cuenta atrás, un ruido atronador les hizo retroceder y ponerse en alerta.

—¡TÚ! ¡Maldito traidor! ¿¡Qué has...!?

—¡Atento! —interrumpió Cloud.

—¡¿Qué demonios?!

Apareciendo desde las alturas, una monstruosa y colosal máquina de guerra autónoma se plantó con violencia a escasos metros de ambos. El gigante armazón metálico se asemejaba a un escorpión. Sus seis patas se movían multidireccionalmente, permitiéndole cubrir muchísimo terreno en poco tiempo mediante movimientos precisos y vertiginosos, y además dándole la posibilidad de realizar enormes saltos. Por si fuera poco, los extremos de cada pata eran terriblemente afilados, lo que le hacía capaz de sujetarse a superficies verticales sin ningún problema. También pegado a su cuerpo, poseía dos brazos robóticos equipados con grandes garras de acero, y para rematar, una inmensa cola metálica aparecía amenazante por encima de él, en cuya punta disponía de una especie de aguijón armado.

—¡EH! ¡¿Cómo demonios combatimos contra esa cosa?! —chilló Barret, ya en posición defensiva.

—Tiene un blindaje reforzado, pero podemos sobrecargarlo desde el interior —dijo Cloud, que parecía conocer algunos detalles de la máquina—. Utiliza magia de rayo.

Antes de que el grupo pudiera lanzar algún ataque, el Escorpión comenzó a realizar barridos laterales acompañados de grandes sobrecargas eléctricas, a lo que Cloud y Barret no tuvieron más remedio que evadirlos.

Cloud intentó desviar la atención sobre sí mismo, esquivando con pericia los ataques y aprovechando los minúsculos huecos de la armadura para infligir algo de daño en la estructura del armazón, aunque la mayoría de sus ofensivas eran más bien una labor de distracción. Mientras tanto, Barret mantuvo las distancias lanzando sin descanso descargas eléctricas directas al cuerpo del autómatas, que apenas parecía inmutarse.

Por su parte, el Escorpión empleó todo tipo de ataques. En primer lugar, un fino láser de color rojo se fijó directamente en Cloud, que quedó en el punto de mira de numerosos misiles guiados que salieron disparados contra él. Consecutivamente, alzó su enorme aguijón metálico para realizar violentas “picaduras” acompañadas de descargas eléctricas.

Cloud, que asumía toda la carga del combate cuerpo a cuerpo, rodaba por el suelo y realizaba piruetas para intentar esquivar la mayor parte de los ataques, aunque el poder ofensivo de la máquina era tal, que en muchas ocasiones debía limitarse a cubrirse detrás de su espada, minimizando todo lo posible el daño recibido.

Una nueva lluvia de cohetes salió proyectada de los brazos del Escorpión, impactando por todo el campo de batalla y produciendo multitud de focos de fuego. A duras penas, el dúo consiguió esquivarlos, pero las condiciones de temperatura y visibilidad no hacían más que empeorar. Tenían que darse prisa antes de que el lugar entero acabara reducido a cenizas.

Barret continuó lanzando hechizos de rayo contra el cuerpo del Escorpión, que parecía que empezaba a acumular cierto nivel de sobrecarga. Esto ralentizaba por momentos su frecuencia de ataques, y esporádicamente le hacía perder equilibrio, lo que era aprovechado por Cloud para propinar golpes de espada con toda su fuerza.

—¡Diablos, sí! ¡¿Has visto el daño que le he hecho?! —profirió Barret, motivado al ver que los ataques comenzaban a debilitar al enemigo.

—¡Sigue así! —le animó Cloud.

Cuando comenzó a verse en problemas, el Escorpión realizó un formidable salto y en cuestión de segundos se fijó a una de las paredes laterales, dejando a Cloud sin posibilidad de alcanzarlo. Barret en cambio, continuó atacando a distancia con todo lo que tenía. Descargó enormes cantidades de munición y algunos ataques especiales de su ametralladora, como una poderosa bola de energía que impactó de lleno sobre el Escorpión.

—¡Tengo que ganar esta por el planeta! —clamó Barret sumergido en el fragor de la batalla.

De un magistral salto, el Escorpión volvió a situarse sobre la plataforma. En ese instante, su coraza comenzó a cambiar de color.

—¡¿Y ahora qué diablos es eso?! —clamó Barret, desesperado.

—¿Una barrera? —se preguntó a sí mismo Cloud—. Nunca había visto un sistema defensivo como este...

—¡Pensaba que tú eras el experto! —le recriminó Barret.

—Entonces, ¿cuál es tu brillante plan, genio?

—¡Es mi momento de brillar! —vociferó Barret mientras soltaba una salvaje carcajada.

—O de caer envuelto en llamas —le replicó Cloud mientras se desplazaba de un lado a otro intentando huir del sistema de fijación de objetivos del Escorpión.

Tras unos minutos atacando sin resultado, Cloud encontró una vulnerabilidad en el sistema defensivo de la máquina.

—¡Ya lo tengo! ¡Céntrate en ese núcleo, probablemente sea el generador de la barrera!

—¡Oh, ahora te acuerdas! —reprochó Barret—. ¡No me hagas esperar tanto la próxima vez!

Ahora sí, Barret volvió a enviar toda la potencia de sus hechizos contra el núcleo que Cloud le había indicado, y este, atacó el mismo punto débil con

enseñamiento. Por fin, la barrera del Escorpión comenzó a fallar, y su cada vez más deteriorado blindaje quedó expuesto.

—¿Está funcionando?! —inquirió Barret—. ¡Si no hacemos algo rápido, este trasto va a matarnos a ambos!

—¡Menos hablar y más disparar! —exigió Cloud.

Cuando el Escorpión se sintió acorralado de nuevo, volvió a huir hacia una de las paredes. Su enorme ojo central se iluminó de un color verde intenso, y de sus brazos salieron disparadas multitud de bombas que impactaron directamente sobre los puntos débiles estructurales del recinto. El lugar entero comenzó a desmoronarse mientras múltiples explosiones se repartían por todo el perímetro. Una gran cantidad de desechos cayó a escasos metros de Cloud y Barret, que de milagro no fueron aplastados. Tras esto, el Escorpión volvió a ubicarse frente a ellos preparado para desplegar su máxima potencia de fuego.

—¡Cuidado con la cola! —gritó Cloud con apuro—. ¡Que no te alcance ese láser!

—¿Y qué hacemos?!

—¡No dejes que te golpee! ¡Cúbrete detrás de esos escombros!

Ambos se situaron a cubierto mientras el Escorpión extendía en vertical su enorme cola, y una gran bola azul brillante comenzaba a acumular una ingente cantidad de energía en su aguijón. Tras unos segundos, este desplegó con dureza un fulgurante rayo láser que voló por los aires el muro y dejó al grupo desprotegido. Otro ataque como aquel y estaban perdidos, así que apretaron los dientes sabiendo que esta era la última oportunidad para acabar con él antes de que volviera a repetir su ofensiva definitiva.

—¡VAMOS! ¡Es el momento de hacerle daño de verdad! —exclamó Barret—. ¡Voy a volar a este bastardo de una maldita vez!

Haciendo uso de sus últimas energías, la pareja lanzó un último órdago contra su temible oponente que, tras la acumulación del daño recibido durante el combate, comenzó a bloquear algunos de sus sistemas motores. Cloud aprovechó la debilidad, y ejecutando un salto con voltereta, aprovechó la inercia de la caída para descargar un tremendo mandoble sobre una de las patas del Escorpión, que quedó destruida al instante. Súbitamente, blandió su

espada con ambas manos y la cargó sobre uno de sus hombros para lanzar un potente tajo vertical que fracturó otra de sus extremidades.

Con el Escorpión indefenso revolviéndose en el suelo, el equipo sabía que había llegado el momento de rematarlo. Retrocedieron a una posición segura, y conjuntamente elevaron sus manos. Los rayos eléctricos de sus hechizos crearon una sinergia que envió una carga sin precedentes a los circuitos principales de la máquina, que terminó de colapsar.

Envuelto en llamas y descargas de tensión por toda su estructura, el Escorpión intentó ponerse en pie, pero se encontraba demasiado dañado. Cuando daban por hecho que había sido derrotado, levantó su cola por última vez. Un brutal rayo azul se dirigió en dirección a Cloud y Barret, que pudieron esquivarlo de milagro. No obstante, impactó directamente sobre el panel principal del núcleo del reactor, momentos antes de que el agujijón comenzara a moverse en todas las direcciones terminando de destruir casi por completo el lugar.

—¡Mierda! ¡La bomba! —clamó Barret.

—Veinte minutos para la detonación —apuntó una voz robótica proveniente del dispositivo.

Finalmente, derrotado, el Escorpión cayó hacia un lado y se precipitó al fondo del reactor, quedando totalmente sumergido y provocando una última y asombrosa explosión.

—¿Lo has oído? —intervino nuevamente Barret—. ¡Esa maldita cosa te ha enseñado cómo se hace!

—Vamos, salgamos de aquí —se limitó a responder Cloud al tiempo que colocaba su acero a su espalda—. Este sitio va a venirse abajo.

—¡Wedge debería estar cubriendo nuestro escape! —dijo Barret mientras salía disparado en dirección a la escalerilla metálica—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Cloud partió inmediatamente a toda velocidad esquivando los focos incendiados y los restos presentes. Ambos subieron de una plataforma a otra sin mirar atrás, pudiendo sentir el intenso calor de los hierros en las palmas de sus manos. El ambiente entero se había convertido en un infierno rojo donde

las rendijas de las paredes expulsaban virulentas llamaradas, y en el que los cimientos no dejaban de derrumbarse. Por el camino, Cloud y Barret eran atacados por pequeños robots voladores que intentaban frenar su paso e impedirles abandonar el lugar, aunque no suponían un desafío real más allá de hacerles perder un tiempo valioso.

Al llegar al nivel donde aguardaba Jessie, un abrupto desmoronamiento de una tubería lanzó contra ella grandes fragmentos de hormigón, quedando uno de ellos sobre la pierna de la chica que quedó atrapada y herida. Sin vacilar, Cloud se lanzó al vacío desde la plataforma y se enganchó a un hierro saliente de una de las tuberías que conectaban con la zona en la que Jessie se encontraba. Se desplazó lateralmente soportando todo su peso con ambas manos e intentando no mirar hacia la gran caída que tenía bajo sus pies. Cuando llegó al otro lado, se apresuró en asistir a su compañera.

—¿Estás bien?!

—¿Te parece que esté bien?! ¡Ayúdame, ¿quieres?!

Cloud se agachó, y colocando ambas manos bajo el pedrusco, ejerció toda la fuerza que pudo para liberar la pierna de Jessie, que quedó renqueante. A duras penas, consiguió levantarse y retomar la marcha.

—¡EH! ¡Nos encontraremos por ese lado! —indicó Barret desde una pasarela elevada mientras señalaba en dirección a la vía de escape—. ¡Cuida de Jessie!

—¡Ven por aquí! —le indicó Jessie a Cloud—. Esta ruta debería llevarnos directamente hasta Barret... Probablemente. Creo que veo una salida, ¡vamos!

Los dos avanzaron por estrechos accesos que se habían formado tras el derrumbe del recinto, teniendo también que saltar varias veces entre plataformas. Cuando consiguieron acceder a las escaleras, las subieron a toda prisa ansiosos por escapar.

—¡Nos estamos quedando sin tiempo! —se quejó Jessie.

—Cállate y escala. No estás ayudando —riñó tajante Cloud.

—¡Lo siento, yo solo... me mantiene concentrada! ¡Me pongo nerviosa si no hablo!

—Como quieras —restó importancia Cloud.

A mitad de subida, pudieron ver a Barret haciendo lo mismo en el otro extremo. Al llegar arriba, los tres compañeros se juntaron frente a la salida. Antes de salir, se cubrieron a ambos lados para evitar ser liquidados por los refuerzos que esperaban en la zona.

—¡Barret! —alertó Jessie.

—¡Yo te cubro! —respondió—. ¡Encuétranos una forma de salir de aquí!

—¡Pero entonces...! —intentó rebatir, preocupada.

—¡No te preocupes, estaré bien! —afirmó mientras se sujetaba su ametralladora y empezaba a disparar a todo lo que se movía—. ¡Tengo al chico SOLDADO conmigo!

Aprovechando el ataque de Barret, Jessie salió disparada evadiendo a los guardias y robots de seguridad, mientras ellos dos se quedaron para quitarse de encima los que aún quedaban en pie.

—Ex-SOLDADO —puntualizó Cloud.

—¡No tenemos tiempo para esta mierda! —exclamó Barret—. ¡El reloj sigue corriendo!

—Tranquilízate, cinco segundos es todo lo que necesito —aseguró con chulería.

Con una sucesión de rápidos movimientos en zigzag, Cloud fue deslizándose de un enemigo a otro asestando un único y preciso corte a cada uno de ellos, que quedaron completamente abatidos.

—¡Vamos! —apuntó Barret señalando a la salida— ¡Los demás nos esperan! ¡Tenemos que salir de aquí echando ostias!

Los dos se apresuraron deshaciendo todo el camino recorrido anteriormente. El fuego se había extendido con rapidez, devorando todo a su paso en cada una de las salas por las que huían. Al llegar al lugar donde se encontraban los Aniquiladores, uno de ellos se activó, ralentizando de nuevo al dúo. A pesar de todo, consiguieron aplacarlo eficazmente empleando la misma estrategia que en su último enfrentamiento.

—¡Ta ta tachán, ta ta tatachán! —entonó melódicamente Barret para celebrar la victoria.

Al atravesar la zona de seguridad láser, el mecanismo se encontraba totalmente inoperativo debido a los daños producidos en el lugar. Sin embargo, otro escuadrón de defensa aguardaba. Sin desviar su trayectoria, Cloud se los quitó de encima atacando frontalmente en carrera, mientras Barret terminaba de rematarlos a su paso. Tras subir los pisos restantes, finalmente se encontraron con el ascensor que les permitiría abandonar definitivamente el reactor, al que subieron sin pensarlo y accionaron el botón de subida.

Mientras el elevador les dirigía hacia su escapatoria, una enérgica y brusca sacudida acompañada de un ruido lejano dejó entrever la colosal explosión que se había producido en el núcleo del reactor. Por poco Barret no perdió el equilibrio, mientras observaba impaciente en el panel los pisos que faltaban por subir.

—¡Vamos, vamos, vamos...! —insistió con los nervios a flor de piel.

Cuando miró a Cloud, este permanecía impasible, una vez más con su característica pose de brazos cruzados, cabizbajo y con los ojos cerrados. Barret en cambio, se miró la mano izquierda y pudo observar cómo le temblaba, mientras intentaba averiguar cómo el mercenario era capaz de mantener aquella fría templanza. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Barret salió corriendo, y Cloud volvió en sí mismo e hizo lo propio.

—¡Las puertas están abiertas! —exclamó Jessie, que ya estaba junto a Biggs y Wedge—. ¡No nos queda tiempo, acelerad el ritmo!

El comando entero se reagrupó camino a la salida y se dispuso a abandonar finalmente el decrepito lugar. En la última pasarela por la que corrieron, ya fuera del reactor, no paraban de sucederse explosiones a ambos lados que desprendían multitud de restos metálicos. Uno de ellos volvió a impactar a Jessie, agravando aún más su percance anterior. Cloud, atento, se acercó rápidamente a atenderla.

—¿Puedes caminar?

—Si no pudiera, créeme, serías el primero en saberlo —rechistó Jessie con orgullo mientras hacía un esfuerzo titánico por levantarse.

—Me tomaré eso como un sí —le dijo Cloud, ayudándola a reincorporarse.

Jessie se adelantó con dificultad, hasta que una gigantesca tubería cayó desde arriba y partió la pasarela por la que iban en dos partes, dejando a Cloud aislado y a punto de caer al vacío. Mientras la plataforma descendía sin remedio, Cloud efectuó un virtuoso salto para apoyarse sobre otra tubería que también estaba en caída libre, y sin tiempo que perder, realizó un segundo salto mortal para posarse con apuro al otro lado.

—Vale... eso ha sido realmente espectacular —dijo Jessie evidentemente impresionada.

Cloud hizo una ligera mueca de aprobación detrás de la cual se intuía un esbozo de sonrisa.

—¡Venga, vámonos de aquí! —continuó Jessie.

Ya en el exterior, enormes detonaciones reventaron por completo la estructura del reactor número uno, liberándose una inmensa columna de mako que salió proyectada hacia el cielo y que, justo después, generó una nueva explosión de energía mucho mayor que las anteriores. La población observó con pánico cómo el lugar entero quedaba reducido a escombros que, por otra parte, salían disparados en todas las direcciones hacia las calles. Entre el caos producido por el apagón total del sector, los que se encontraban en los alrededores del incidente intentaban huir despavoridos. Muchos de ellos resultaron heridos. Sin embargo, muchos otros no tuvieron tanta suerte.

CAPÍTULO 3: -

—Parece que lo hemos logrado —dijo Barret dirigiéndose al grupo, que se reunía ante él—. Y tan sólo con unos rasguños...

Un ruido ensordecedor interrumpió sus palabras al mismo tiempo que los cimientos del lugar se tambalearon peligrosamente. El estrecho túnel de mantenimiento en el que se encontraban estaba repleto de amasijos de cemento y hierro, posiblemente producidos por las intensas explosiones de hacía un momento, y los escasos focos que alumbraban la zona tintineaban como si fueran a apagarse. Biggs y Jessie estuvieron a punto de perder el equilibrio, mientras que Barret y Wedge, ambos de constitución más fornida, consiguieron mantener la estabilidad. Cloud, por su parte, no pareció ni inmutarse, sacando a relucir su característica frialdad.

—¿Crees que nos hemos pasado? —preguntó Barret mirando a Jessie fijamente a los ojos.

—He seguido las instrucciones al pie de la letra —respondió, resignada—. ¿Es posible que la bomba haya provocado una reacción con el mako?

Durante unos segundos se produjo un silencio tenso, hasta que Barret volvió a intervenir.

—Bueno, esperemos que la ciudad siga de una pieza.

—Pero el planeta es lo importante, ¿verdad? —aseveró Biggs.

Otra sacudida aún más violenta que la anterior hizo que hasta Cloud se estremeciera por un instante, temiendo que el lugar entero se viniera abajo.

—Quiero decir... —continuó Biggs—. Esto tiene que haber ayudado a alguien, ¿no?

No parecía muy convencido de sus propias palabras.

—Después de todo este jaleo, más nos vale —replicó Jessie lanzando un vistazo rápido a todos sus compañeros—. De todos modos, deberíamos seguir adelante. ¿Estamos ya en el sector ocho?

—Aún no, pero podemos llegar por ahí abajo —intervino Wedge señalando la dirección a seguir.

Barret se situó a escasos centímetros de Wedge antes de articular palabra.

—Muy bien, entonces. Guíanos.

—¡Por supuesto! —exclamó Wedge visiblemente motivado.

La banda prosiguió la marcha sorteando los escombros esparcidos por el suelo. Con cuidado de no electrocutarse con los cables pelados que colgaban del techo y que no paraban de chisporrotear, fueron pasando a través de una estrecha abertura entre dos grandes tuberías que se habían descolgado de la pared.

—El aire aquí apesta —se quejó Biggs—. No veo el momento de salir al aire libre.

Tras una pequeña pausa, Biggs prosiguió.

—Tíos, en serio, ¿qué es esto? Nunca había oído nada tan asqueroso... Oh, espera... ¡si soy yo! —bromeó, en un intento por calmar el ambiente—. Creo que debería hacer algo al respecto.

Cloud siguió andando con parsimonia a la cola del grupo sin mediar palabra, pero analizando la situación. Al extremo del túnel grandes losas de cemento que habían caído directamente del techo bloqueaban el camino, aunque podían apreciarse finos hilos de luz entre las grietas. El derrumbamiento había dañado los grandes conductos metálicos que recorrían el techo y desde los cuales no dejaba de caer agua, haciendo que la zona comenzara a inundarse. Justo cuando parecía que iban a tener que volver sobre sus pasos, una gigantesca piedra cayó desde el piso superior. El impacto fue tan brusco que originó un pequeño orificio por el que podrían colarse para escapar del lugar.

—Este lo he notado hasta en las entrañas —comentó Wedge notablemente inquieto.

—¿Por qué continúan las explosiones? —se cuestionó Jessie—. Ya ha pasado suficiente tiempo desde que explotó nuestra bomba.

—¡No lo sé! —exclamó Barret, visiblemente molesto—. Pero necesitamos salir de este lugar ahora mismo.

—Fin del trayecto —se apuró a decir Wedge, que seguía liderando el paso—. Jessie, te toca.

—Manteneos atrás, voy a colocar la bomba —dijo Jessie mientras se agachaba frente al muro para colocar el explosivo.

—No puedo esperar a verte, Marlene —pensó Barret en voz alta con tono melancólico.

Todos se resguardaron tras una pared lateral mientras se tapaban los oídos con ambas manos. Tres pitidos y tres segundos después, la detonación creó un boquete lo suficientemente grande para que pudieran pasar. El humo originado por la llamarada dificultaba la respiración, así que se apuraron para salir de allí cuanto antes. Tras cruzarlo, por fin pudieron salir al exterior, pero el panorama que se encontraron era desalentador. Un tono rojizo resplandecía en el ambiente causado por los múltiples incendios que recorrían la ciudad. A cada esquina se podían observar edificios parcialmente destruidos, y una sonora señal de emergencia camuflaba los gritos de auxilio de aquellos que luchaban por su vida entre los escombros.

“ATENCIÓN A TODOS LOS CIUDADANOS. ATENCIÓN A TODOS LOS CIUDADANOS. Esto es una alerta del Centro de Operaciones de Emergencias de Shinra. Unos intrusos no identificados han detonado una bomba dentro del Reactor Mako número uno. Múltiples explosiones han sido confirmadas, así como varios incendios en curso. En respuesta, se ha emitido una alerta de catástrofe en los sectores uno y ocho. Las estructuras de la zona corren un alto riesgo de derrumbe, lo que hace peligroso transitar por los sectores”

El mensaje radiofónico comenzó a repetirse en bucle mientras el comando miraba atónito el desastre que habían causado.

—No... no puede ser —se lamentaba Jessie.

—No hemos podido hacerlo nosotros... ¿o sí? —dijo Biggs con un nudo en la garganta.

—Pero, ¿qué pasaría si lo hubiéramos hecho...? —replicó Wedge con el pánico reflejado en su rostro.

Cloud, que llevaba un buen rato en silencio, intervino de imprevisto.

—Lo hecho, hecho está.

El grupo reaccionó con estupefacción a sus palabras, sin llegar a creerse por momentos que alguien pudiera mostrarse tan frío en una situación como aquella. Sin embargo, a Barret, que estaba de espaldas a todos los demás, no pareció afectarle del mismo modo.

—El mercenario tiene razón —dijo mientras se volteaba para establecer contacto visual—. No es bonito, pero no podemos detenernos ahora. Esto tan solo ha sido el primer reactor. Y el planeta no estará seguro hasta que acabemos con el resto.

Biggs bajó la mirada al suelo durante un instante antes de hablar.

—Siempre hemos sabido que esto se iba a complicar.

—Y esto es sólo el principio —aportó Wedge.

Barret se volvió y comenzó a andar.

—Tenemos que ser amplios de miras —aleccionó—. Nada por lo que valga la pena luchar se gana sin sacrificios.

Se detuvo, y posó una vez más una mirada aún más intensa que la anterior en su pelotón.

—Aunque no lloréis, sé de sobra cuánto os duele. Justo igual que al planeta. Pero está bien, ¡porque yo estoy aquí para ayudar a quitar la carga que lleváis sobre los hombros!

Barret comenzó a caminar en círculos fijando la vista en cada uno de sus compañeros. Todos lo miraban atentamente, con una mezcla de temor y admiración en sus ojos, a excepción de Cloud que por supuesto seguía inalterable como de costumbre.

—Vuestros miedos, vuestras preocupaciones, vuestras inquietudes... y sí, también vuestro dinero —añadió mirando ahora directamente a Cloud—. Sea cual sea el problema, puedo con ello.

Por unos instantes, el equipo recuperó los ánimos y las ganas de seguir adelante, arengados por su líder.

—Entonces, ¿cuál es nuestro siguiente movimiento, jefe? —planteó Biggs.

—Fácil —respondió, apretando con fuerza el puño—. ¡Llevamos nuestros culos a casa!

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de ambos, que intercambiaron miradas de complicidad fraternal. Lo mismo ocurrió con Wedge y Jessie. Cloud, sin embargo, se limitó a agachar la mirada evitando el contacto visual con el resto.

Sin vacilar, reanudaron la marcha a toda velocidad. Wedge, Biggs y Jessie fueron los primeros, seguidos de Barret. Cloud los siguió manteniendo las distancias.

—Ahora, nos separaremos y buscaremos el último tren a casa —ordenó Barret mientras seguían en movimiento—. Nos reagruparemos en el vagón de carga, ¿entendido?

—Hasta después, entonces —se limitó a decir Wedge.

Cada uno de los miembros del pelotón tomó direcciones diferentes. Cuando Barret se dispuso a tomar la suya, escuchó una voz que le hizo detenerse en seco.

—Quiero mi dinero ahora —exigió Cloud tajante.

—Lo tendrás cuando llegemos a la base —respondió Barret con una mezcla de lástima y resignación en el tono de su voz.

Entonces, se adelantó y tomó su camino, dejando a Cloud proseguir la marcha en solitario.

El mercenario bajó unas escaleras para llegar a una zona amplia en la que las vías públicas se entrecruzaban hasta en tres direcciones. El desastre era total. Multitud de coches destrozados entre llamas invadían las calles, las tapas de alcantarillas habían reventado, anegando muchas zonas con aguas fecales, y las personas se amontonaban en pequeños grupos intentando auxiliar a los heridos graves. Cloud pudo escuchar claramente el llanto ahogado de aquellos que habían perdido todo, pero ni eso consiguió alterarlo.

Al cruzar la primera esquina, alguien lo agarró del hombro para llamar su atención.

—¡Oye, tú! —exclamó una voz familiar.

Jessie se encontraba plantada ante él con la palma de la mano extendida hacia arriba. Entre sus dedos sujetaba una esfera de un color verde esmeralda intenso que contrastaba con pequeñas manchas oscuras. Los colores parecían moverse como brumas dentro de ella, y poseían un brillo particularmente inquietante, casi como si albergaran vida en su interior.

—No hace falta que te explique lo que es esto, ¿verdad? —continuó ella.

—Por supuesto que no —respondió Cloud, algo ofendido—. Es una materia de curación.

—Puedes quedártela. Por salvarme la vida antes —continuó Jessie.

—Solo hacía mi trabajo. Nada más —sentenció Cloud.

—Ya, ya... —dijo Jessie mientras sujetó la mano de Cloud para colocarle la esfera en ella—. El hecho es que tuve suerte de que estuvieras allí.

Por un instante Cloud pareció bajar la guardia mostrando un atisbo de sorpresa. Cuando se percató, volvió a su frecuente cara inexpresiva mientras miraba fijamente la materia.

—La supervivencia puede ser una cuestión de suerte o de habilidad —reflexionó mientras clavaba sus ojos en los de Jessie—. Y nunca debes confiar en la suerte.

—Bonitas palabras —le respondió ella con una leve sonrisa de complicidad.

—Ya, bueno... gracias —se limitó a contestar Cloud.

—Sabes cómo usarla, ¿verdad? —insistió Jessie.

Cloud la fulminó con la mirada.

—Sabes a qué me dedicaba, ¿no es cierto?

Sin dar tiempo a que Jessie contestara, Cloud despegó el mandoble de su espalda. Incluso ese sutil movimiento para blandirlo era una muestra de la prodigiosa técnica que poseía. Lo situó frente a su cuerpo, apoyando la punta afilada en el suelo, y clavó su mirada en los dos orificios que tenía el arma, uno de ellos ya ocupado. Sin demora, utilizó la esfera que momentos antes Jessie

le había entregado y la colocó en el orificio vacío, quedando perfectamente acoplada. Un sonido tenue dejó claro que se había ensamblado a la perfección, y un ligero brillo pareció brotar de la esfera, casi como si fuera a abandonarla. Sin embargo, pronto se estabilizó y mantuvo su forma anterior. Justo después, volvió a colocar el arma a su espalda subiendo el codo por encima de la cabeza.

—Mensaje recibido —dijo Jessie, irónica—. Solo trataba de ayudarte. Bueno, ¡nos vemos en el tren!

Jessie salió corriendo mientras Cloud se limitó a verla marchar permaneciendo con los brazos cruzados. Cuando la perdió de vista, siguió por su propio camino.